

Lo terapéutico... y la causa del psicoanálisis.

Juan del Pozo

Que el estatuto del acto sea por fin distinguido firmemente del de el hacer (Del psicoanálisis y sus relaciones con la realidad. 1967)

La distinción¹ entre lo terapéutico del psicoanálisis y el psicoanálisis mismo la encontramos desde los inicios, lo cual prueba que apunta a algún real del propio psicoanálisis, esto es algo que retorna y que tiende a su desconocimiento.

En Freud la podemos seguir en varios momentos de su obra, nombro algunos sin la pretensión de ser exhaustivo:

En 1909 en el *Análisis de la fobia de un niño de 5 años*: “Pero nosotros no aspiramos al éxito terapéutico en primer lugar; queremos poner al enfermo en condiciones de asir conscientemente sus mociones de deseo...”.

En 1910 en *Sobre el psicoanálisis silvestre* nos dirá que lo terapéutico incluso obtenido a partir del saber del psicoanálisis puede obrar como una resistencia al psicoanálisis.

En 1919, en *¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?* Freud dice que el psicoanálisis “en última instancia constituye el término y culminación de toda psicoterapia”... pero añade tres párrafos más adelante que su aplicación no se ciñe tan sólo a lo psicopatológico sino

¹ Comunicación leída el 31 de Marzo de 2006, en el Espacio Escuela del FPB en Barcelona

a los problemas propios del hombre en general (religiosos, artísticos, mitológicos, culturales, filosóficos, históricos).

En 1926, en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* Freud escribe que la terapia puede matar a la ciencia; indicando el peligro de que la tentación de la vertiente terapéutica se imponga sobre el mismo análisis.

Diríamos que antes que ser un reductor de síntomas (lo que se da por añadidura) el psicoanálisis es el garante de la posibilidad de un sujeto nuevo en la historia, el sujeto del inconsciente, el sujeto que se resiste a ser dicho por completo por el Otro, al que opone una singularidad esencial irreductible: la del deseo inconsciente. Resistencia a una reducción a la demanda del Otro, posibilidad de un decir entendido como enunciación inconsciente (esto es que va más allá de una pretendida voluntad de significación, más allá de un dominio del Yo en el acto del decir) en la que el sujeto puede sostenerse determinada y a la vez libremente.

En este sentido es muy sugerente esta definición que da Lacan sobre el inconsciente en *El psicoanálisis y sus relaciones con la realidad*: "...El decir, decir ambiguo de no ser más que material del decir, da lo supremo del inconsciente en su esencia más pura".

Pero este decir al que se consagra el discurso analítico no es sino el efecto del real que enuncia y no taponar: no hay relación sexual, verdad que los otros discursos intentan velar al promover sus modos de lazo social.

Los textos institucionales de Lacan establecen la distinción entre una sociedad de analistas y una Escuela. Y esto porque a partir del saber destilado de la clínica psicoanalítica, del Discurso analítico entre dos, no se deriva necesariamente- en la experiencia de las asociaciones analíticas que Lacan critica por ejemplo- una articulación con la verdad del no hay relación/proporción sexual. Incluso este enunciado de que no hay relación sexual puede convenir a ciertos lazos sociales psicoanalíticos que funcionarían como grupo y no como escuela. Se trataría de un enunciado que velaría la enunciación que el decir freudiano vehicula. En tal caso aunque hubiera analistas que realicen análisis esto no impediría que el psicoanálisis pudiera agotarse.

También puede haber enseñanzas, las hay, y eso no garantiza que el deseo del psicoanálisis sea causado. Colette Soler (en Toulouse, Jornadas de la EPFCL–France, diciembre 2005) dijo que la enseñanza puede avenirse muy bien a la forma actual de la demanda del otro como demanda de saber.

Lacan criticó por todo esto las formas asociativas del psicoanálisis donde imperaba la burocracia, el narcisismo, y el nulo cuestionamiento acerca de qué es un analista, pues de ello se derivaba una sequía en la producción de un saber que hiciera renovarse al psicoanálisis, causarlo.

La cuestión estriba entonces en cómo articular, en cómo no perder el paso entre el deseo de curar o de curarse que se puede encontrar al inicio de la cura y el deseo del analista que puede sobrevenir al final. Ahí se da el momento precioso en el que algo del discurso analítico permite entrever lo que lo distingue del discurso del amo en tanto proveedor de un lazo social en el que un sujeto se acomoda en el desconocimiento y en el sometimiento. Es la oportunidad para que el Discurso analítico no descuide la verdad que transporta y no se convierta en una nueva religión como dice Lacan en *La tercera*.

A la hora de plantearse el analista como cuestión abierta y su articulación con la Escuela, Lacan, como sabemos, inventa el procedimiento del pase –que introdujo con sus resistencias, éxitos y fracasos– donde sitúa la transmisión de una experiencia de caída del SsS (Sujeto supuesto Saber) que sostenía el lazo con el analista y el paso a su constitución como objeto. Pero el pase abre también la posibilidad de un momento terapéutico nuevo relanzando el final de análisis. C. Soler en Donostia, el 11 de Marzo de 2006 (Debate sobre la Escuela organizado por Foro Psicoanalítico del País Vasco) describió este período en que un análisis se prosigue tras el pase –este tiempo en el que no hay transferencia en el sentido del SsS pero en el que aún el analista continúa causando el deseo del analizante– como un tiempo verdaderamente terapéutico. Se remitió a *L'Étourdit* para situar en el trabajo de duelo del objeto al que ha reducido a su analista como el tiempo donde se da el “éxito terapéutico”). Cito a Lacan en *L'Étourdit* (El Atolondradicho): “El analizante no termina más que al hacer del objeto *a* el representante de la representación de su analista. Es pues en tanto

que su duelo del objeto *a* al cual él lo ha reducido al final dura, que el psicoanalista continúa en causar su deseo... (...) más de un “éxito terapéutico”, encuentra ahí su razón, y substancial eventualmente. Luego el duelo se acaba”

Este momento de separación de algo a lo que permanecía adherido con el analista, este duelo que es separación del deseo del analista, lo permite ahora situarse como causante del trabajo de Escuela, esto es, que de esa experiencia pueda decir algo, mejor que callar.

Preservando la dimensión del Acto, que es separación, es posible que el analista por venir antes de conformarse a cualquier instalación contribuya a causar a la Escuela. Es en suma la apuesta que Lacan hace por el AE para así evitar la paralización del discurso analítico, lo cual no acontece como C. Soler recordaba, separadamente de los efectos terapéuticos del final del análisis tras el pase.